

panteón del Escorial con los restos mortales de sus ilustres progenitores.

Tal es el relato de las causas y antecedentes de la ruidosa prisión, del proceso y muerte del príncipe Carlos, primogénito de Felipe II, que hemos creído más conforme a la verdad, con arreglo a documentos auténticos y a los testimonios y datos que nos han parecido más fundados y verosímiles. Por consecuencia, dicho se está que mientras no se descubran otros documentos que nos pudieran hacer reformar nuestro juicio, rechazamos, de la misma manera que las anécdotas amorosas con la reina, las circunstancias trágico-dramáticas con que revistieron y exornaron su muerte escritores extranjeros, como los franceses De Thou y Pierre Mathieu, y los italianos Pedro Justiniani y Gregorio Leti. Este último pareció dudar de todo lo que había leído en los anteriores, y acabó por admitirlo todo. Comienzan por asentir que el proceso de don Carlos fué fallado por el tribunal de la Inquisición, y condenado por él a muerte el príncipe, cuando su causa no se sometió al Santo Oficio. Acaso la circunstancia de ser inquisidor general el cardenal Espinosa, presidente del Consejo de Castilla, los indujo a este error, sobre el cual fraguaron á su placer multitud de escenas entre los inquisidores y el padre del acusado. Que le fueron presentados á este varios géneros de muerte pintados en un lienzo para que de entre ellos eligiera el que menos le repugnara, ó el que le pareciera preferible; y como el príncipe no quisiera elegir, los unos le hacen morir de veneno, los otros abiertas las venas con los pies en el agua, y algunos ahogado con un cordón de seda por cuatro esclavos que dicen entraron una mañana en su aposento, de los cuales los tres le sujetaban los pies y las manos mientras el otro le apretaba la cuerda fatal. De manera que si el príncipe no eligió el género de muerte que habían de darle, por lo menos la eligieron á gusto de ellos, los escritores (1).

La muerte del príncipe Carlos no fué un mal para España, pues atendido su carácter, ningún bien podía esperar la nación, y si muchas calamidades, si hubiera llegado, por lo menos antes de corregirse mucho, á suceder á su padre en el trono. Es cierto también para nosotros que Felipe tuvo sobrados motivos legales, morales y políticos para determinar su reclusión y arresto, y aun para hacerle procesar, acaso más todavía para hacerle declarar inhábil para la gobernación de un reino. Tal vez si Felipe II se hubiera limitado á esto, que en nuestro entender era lo que procedía, habría puesto el remedio conveniente sin atraerse la nota de cruel con que le calificaron propios y extraños. Al cabo era príncipe, y el noble pueblo español siempre ha mostrado interés por sus príncipes desgraciados. Al cabo era hijo, y España nunca ha llevado á bien que sus monarcas renunciara á las leyes sagradas de la humanidad. Cuando el jefe de la Iglesia, el emperador de Alemania, otros príncipes extranjeros, la reina y la princesa doña Juana, las corporaciones españolas más respetables, intercedían con el rey y le pedían indulgencia para con su hijo, convencidas estaban de que no había necesidad de llevar el rigor á tal extremo. Felipe se mostró inexorable: y el misterio mismo en que estudiadamente envolvió los motivos de su severo porte, y los suplicios que con autorización suya estaba ejecutando al propio tiempo el duque de Alba, y el modo insidioso con que él mismo hizo poco después quitar la vida al barón de Montigny, y otros actos de semejante índole, todo cooperó á que se le motejara, no solo fuera, sino dentro de España, de deshumanado y cruel.

Y no decimos esto de nuestra propia cuenta solamente. Indicáronlo ya los mismos historiadores coetáneos que le fueron más adictos. «Unos le llamaban prudente, dice Luis de Cabrera, otros severo, *porque su risa y cuchillo eran confines*. El príncipe, muchacho desfavorecido, había pensado y hablado con resentimiento, obrado no: y sin tanta violencia pudiera

(1) Preguntado el Thuano, dice Salazar de Mendoza, por dónde habían llegado á su noticia estas patrañas, dijo habérselas referido un Luis de Fox, natural de Paris, maestro de obras del Escorial. Y Salazar demuestra que en el Escorial no hubo sino un albañil francés llamado Luis, que acaso fué el que se dijo arquitecto. Si es así, no deja de ser sólido el fundamento de las aseveraciones del Thuano.

reducir (como sabia á los extraños) á su hijo inadvertido.» ¿Qué más pudiera escribir, y qué más podía dar á entender quien había sido criado de Felipe II y lo era de su hijo Felipe III?

Réstanos decir algo de la muerte de la reina Isabel, que acaeció pocos meses después de la del príncipe Carlos (3 de octubre, 1568), cuya circunstancia dió ocasión á los forjadores de la novela á seguir manciando hasta en la tumba la limpia fama de aquella señora, suponiendo que el dolor de la muerte de su entenado la había llevado al sepulcro: y los enemigos del rey no tuvieron reparo en imputarle más ó menos desembozadamente el crimen horrible de envenenamiento. Felizmente una y otra calumnia desaparecen á la luz de los documentos auténticos que describen la enfermedad y la muerte de esta reina, que con razón alaba un historiador de «agradable, católica, modesta, piadosa y caritativa.» Ya en 1564 había estado tan gravemente enferma, que dos veces se temió que sucumbiera á la intensidad del mal (2). En 1567 quedó tan debilitada del alumbramiento de su segunda hija, que tardó mucho en convalecer; y habiéndose hecho nuevamente embarazada, padecía cada mes tales desmayos y ahogos, que desde luego inspiraron á los médicos desconfianza de poderla salvar. Empeoró visiblemente en setiembre, y el 3 de octubre, tras el trabajo abortivo de una niña de cuatro meses y medio, que sin embargo recibió el agua del bautismo, siguió al cielo á la que prematuramente acababa de enviar á la tierra. Ejemplarmente cristiana y edificante fué la muerte de la reina Isabel, á la temprana edad de veintidós años, muy sentida y llorada de todos, y especialmente del rey, que lleno de pena se retiró por unos días al monasterio de San Jerónimo (3).

Hemos expuesto sumariamente lo que hasta hoy han producido nuestras investigaciones acerca del ruidoso y tan debatido punto histórico comprendido en este capítulo. Fácil y cómodo nos hubiera sido deleitar á nuestros lectores con las escenas siempre más agradables y entretenidas de la exornación dramática, si nuestra misión no nos impusiera el deber, muchas veces enojoso, de posponer al atractivo de la fábula y al ornato seductor de la poesía el sencillo arreo, y á veces la árida desnudez de la verdad histórica. Dispuestos estamos, como siempre, á modificar nuestro juicio, si nuevos descubrimientos viniesen á hacer variar la faz de los hechos por nosotros relatados (4).

(2) Carta del secretario Gonzalo Perez á Juan Vazquez de Molina, á 26 de agosto de 1564.—Archivo de Simancas, Estado, leg. 144.

(3) Relacion de la muerte de la reina Isabel de Valois, hecha por un festivo de vista.—Archivo de Simancas, Estado, leg. 2018. fól. 199.—Conviniere esta relacion con la que hace Cabrera, lib. VIII, cap. VIII, y sobre todo con la que en 1569 publicó Juan Lopez del Hoyo, del cual hay también una de la enfermedad, muerte y funerales del príncipe Carlos, escrita de orden del ayuntamiento de Madrid.

Hemos visto también el testamento original de la reina Isabel de la Paz, otorgado en 20 de julio de 1566 en el Bosque de Segovia, escrito todo de su mano, y abierto en Madrid el 7 de octubre.—Archivo de Simancas. Testamentos y codicilos reales, legajo núm. 5.—Allí se hallan los autos del depósito de su cadáver en el convento de las Descalzas, el 4 de octubre.

Quedaban á Felipe II dos hijas de esta reina; Isabel Clara Eugenia, nacida en 12 de agosto de 1566, y Catalina, en 10 de octubre de 1567.

Hasta en lo del aborto de la reina padeció equivocación Leti, pues habiendo sido niña lo que vino al mundo antes de tiempo, él afirma haber sido varón, *un figlio maschio*.

(4) Sobre el proceso del príncipe don Carlos, y sobre el del príncipe de Viana que se pidió á Barcelona, dice Cabrera:

«Ambos procesos están en el archivo de Simancas, donde en el año 1592, los metió don Cristóbal de Mora, de su cámara, en un cofrecillo verde en que se conservan.»—Esta noticia la repite Llorente en su Historia de la Inquisición, añadiendo que allí debe permanecer (el cofrecillo), «si no se ha traído á Paris (como se divulgó en España), por orden del emperador Napoleon.»

Sobre una y otra especie diremos lo que hasta ahora hemos podido averiguar.—Mr. Gachard, jefe de los archivos de Bélgica, en una Memoria que escribió hace pocos años para dar cuenta al gobierno de su país del desempeño de su comisión y resultado de su viaje literario á España dice (página 261): «En cuanto al depósito de la causa (la del príncipe Carlos) en los archivos de Simancas, hé aquí un hecho cuya autenticidad puedo

CAPÍTULO X

Guerra de Flandes.—Retirada del duque de Alba

DE 1568 Á 1573

Campaña del duque de Alba contra Luis de Nassau.—Le derrota y ahuyenta de Frisia.—Excesos del ejército real: castigos.—Guerra que mueve el príncipe de Orange por la frontera de Alemania.—Marcha el de Alba con ejército á detenerle.—Provoca el de Orange á batalla al de Alba y este la rehusa.—Franceses en auxilio de los orangistas.—Derrota don Fadrique de Toledo al de Orange y los franceses.—Conducta de las ciudades flamencas.—El príncipe de Orange en Francia.—Contratemplos.—Retírase á Alemania.—Termina esta primera guerra.—El duque de Alba solicita ser relevado del gobierno y salir de Flandes.—Honores que recibe del papa.—Rasgo de orgullo que irritó á los flamencos y le indispuso con la corte de España.—Envía tropas de socorro al rey de Francia contra los hugonotes.—Temores de rompimiento entre Inglaterra y España, y la causa de ellos.—Continúan las vejaciones y los suplicios en Flandes.—Célebre proceso y horroroso suplicio del barón de Montigny.—Abominable conducta del rey en este negocio.—Casamiento de Felipe II con Ana de Austria.—Avisos del embajador de Francia al rey.—Comienza otra guerra en los Países Bajos.—Sublevaciones en Holanda y Zelanda.—Rebelión en la frontera francesa.—Cercos de Mons por don Fadrique de Toledo.—Segunda invasión del príncipe de Orange en Flandes con grueso ejército.—Sucesos espantosos en Francia.—La matanza de San Bartolomé (*Les massacres de la Saint-Barthélemy*).—Lo que influyó en la guerra de Flandes.—El de Orange se retira á Holanda.—Memorable sitio de Harlem.—Heróica defensa de los sitiados.—Trabajos y triunfo de los españoles.—Toma de Harlem.—Insurrección de tropas españolas.—Noticia de las que componían el ejército de Felipe II en los Países Bajos.—El duque de Alba y el de Medinaceli.—Ambos renuncian el gobierno de Flandes.—Es nombrado don Luis de Requesens.—Sale el duque de Alba de los Países Bajos y viene á España.

Ejecutados los memorables suplicios de los condes de Egmont y Horn, de que dimos cuenta en el capítulo VII, con-

garantir. Cuando en la guerra de la independencia el general Kellerman ocupó á Valladolid, los sabios de allí se apresuraron á provocarle á que abriese el cofre que según la tradición general recibida, que todavía se conserva en España, debía contener el proceso. El general Kellerman envió á Simancas para esta operación al canónigo Mogrovejo, que después fué empleado en los archivos del imperio. El cofre misterioso fué abierto, y en vez del proceso de don Carlos se encontró el de don Rodrigo Calderón. Esto prueba que no debe creerse ciegamente en las tradiciones.»

Nosotros, que creemos conocer los papeles relativos al príncipe Carlos que existen en Simancas, no hemos podido hallar este documento: bien que no es extraño que nuestras diligencias hayan sido infructuosas, cuando lo han sido también las de nuestro amigo el entendido y diligente archivero don Manuel García Gonzalez, el cual solo ha podido rastrear que tal vez existiese en algún tiempo, si acaso le envió el secretario de Felipe II Gabriel de Zayas entre los papeles de don Carlos que el archivero Diego de Ayala le pedía.

Habiéndonos informado después una persona muy ilustrada de que por orden de Fernando VII había sido enviado ó traído de Simancas el proceso del príncipe por el archivero don Tomás Gonzalez, y que á la muerte de aquel monarca se conservaba entre otros papeles importantes y reservados en un arca ó armario que existía en su real cámara, hemos procurado indagar también lo que sobre esto pudo haber de cierto. El resultado de nuestras averiguaciones es, constarnos de una manera positiva que el archivero don Tomás Gonzalez no envió tal proceso á Fernando VII. Nos consta igualmente por más de una persona autorizada, que no se hallaba entre los papeles que quedaron á la muerte del rey en su aposento, los cuales eran de otra época, y se conservan hoy en el archivo particular de S. M. la Reina.

Como por otra parte se nos hubiese dicho que el misterioso proceso se hallaría quizá en la Biblioteca del Escorial, donde afirmaban algunos haberse enviado el año 1806, le hemos buscado allí, también inútilmente, y el actual bibliotecario tampoco ha sido más afortunado que nosotros.

En vista de todo esto hemos llegado á presumir si el famoso proceso (si es que proceso formal hubo), sería de los papeles que Felipe II mandó se quemasen, en un codicillo hecho en San Lorenzo á 24 de agosto de 1597, ante el secretario Hierónimo Gassol, al tenor de la cláusula siguiente, que es la 14.ª:

«Y porque es justo poner cobro en muchos papeles que yo quería poder reconocer si mis indisposiciones y ocupaciones dieren lugar, mandó y es mi voluntad que si no lo hubiere hecho en vida, fallecido que yo haya, se entreguen á don Cristóbal de Mora, conde de Castel-Rodrigo, todas las llaves que yo tengo, así maestras y dobles como de escritorios, las primeras para que las dé al príncipe mi hijo (al príncipe don Felipe) á su tiem-

posideróse el duque de Alba desembarazado para hacer personalmente la guerra, y partiendo de Bruselas, se encaminó á la Frisia ansioso de vengar la derrota y muerte que al conde de AreMBERG había dado Luis de Nassau, hermano del príncipe de Orange. El 15 de julio (1568) entró en Groninga, y habiendo salido sin apearse del caballo á reconocer el campo enemigo, distante tres millas de la ciudad, determinó acometerle al día siguiente.

Llevaba el de Alba diez mil infantes y tres mil caballos, veteranos los mas. Inferior en caballería era el ejército del de Nassau; y aunque este se había retirado unas seis millas, y rodeábase de trincheras y fosos de agua, arremetió con tal brio la infantería española, y anduvo tan cobarde y floja en su defensa la gente del de Nassau, que huyendo en desorden después de incendiar los cuarteles, ahogáronse muchos en los fosos y pantanos, acosando á los demás con sus espadas el conde de Martinengo y César Dávalos, hermano del marqués de Pescara. Animado el general español con este primer triunfo, desde Groninga, donde había vuelto á darse un pequeño descanso, salió de nuevo en busca del enemigo, que halló acuartelado y fortificado en Geming, en la Frisia Oriental, entre el río Ems y la ensenada de Dullart (21 de julio). Las lagunas que cubren aquel país, y que casi se nivelan con los caminos, eran poco embarazo para la decisión de los españoles; y una insurrección de las tropas alemanas del campamento enemigo, siempre en reclamación de sus pagas, alentó á los capitanes del de Alba en términos de disputarse los de todas las naciones quién había de embestir primero sus baterías. Cupo la honra de ser elegido para esta peligrosa empresa al español Lope de Figueroa con su tercio de mosqueteros, ó hizo lo con tal gallardía, que se apoderó de los cañones y abrió camino al resto del ejército que acabó de desalojar á los rebeldes, dándose estos á huir, en especial los mal disciplinados alemanes, por los lagos y las márgenes del río, con tan ciega precipitación y tan de tropel, que los que no eran alcanzados del acero, se lanzaban á las fangosas aguas, y se hundían con el peso de las armaduras, siendo tal el número de sombreros alemanes (bien conocidos por su forma) que andaban sobrenadando y llevaba la marea, que por ellos entendieron los mercaderes que navegaban el seno de Dullart el gran destrozo que aquellos habían sufrido en los cercanos campos.

Seis horas duró la mortandad, y calculábase en seis mil los cadáveres que se repartieron casi á medias entre las olas y los aceros. Veinte banderas, diez piezas mayores y los seis cañones que antes habían cogido ellos al de AreMBERG, fueron los principales despojos de este triunfo. Creyóse al principio que había muerto el de Nassau, como que le fueron presentadas al de Alba las armas y vestido con que le habían visto aquel día: mas luego se supo que se había salvado vadeando el río á nado con otro traje que tuvo la precaución de ponerse para no ser conocido. El duque de Alba dió parte de esta victoria,

po y haga dellas lo que mandare, y las de los escritorios para que el mismo don Cristóbal y don Juan de Idiáquez se junten con fray Diego de Yepes mi confesor, con la mayor brevedad que fuere posible, y que hallándose presente Juan Ruiz de Velasco, que les podrá advertir donde estarán algunos papeles, abran y vean los tres todos los escritorios que yo tengo y se hallaren, así en el lugar donde fuere mi fallecimiento como en la villa de Madrid si fuera della sucediere, y quiero que todos los papeles abiertos ó cerrados que se hallaren de fray Diego de Chaves, difunto, que fué mi confesor, como se sabe, escritos del para mí, ó míos para él, se quemem allí luego en su presencia, habiendo reconocido primero sin leerlos si entre ellos habrá algún breve, ó otro papel de importancia que conenga guardar, el cual se apartará en tal caso, y otros papeles de otras cualesquier personas que trataren de cosas y negocios pasados que no sean ya menester, *especialmente de difuntos*, y cartas cerradas, se quemarán también allí en presencia de los mismos, etc.»—Archivo de Simancas, Testamentos Reales, legajo núm. 5.

Celebráramos que alguno, con mas fortuna que nosotros, topase al fin con un documento que acabaría de disipar las dudas que aun pudieran quedar acerca de los verdaderos motivos que tuviera el rey don Felipe para formar tan ruidosa causa á su hijo. Entre tanto insistiremos en la opinión que dejamos manifestada en el texto. Mr. Gachard espera todavía adquirir una carta reservada que dirigió Felipe II al pontífice, pues á principios del presente año escribía el archivero belga: *On me fait espérer la fameuxse lettre à Saint Pie V.* Tal vez diera alguna luz esta carta, si en efecto pareciese.

antes que á nadie, al papa Pio V, que habia mostrado singular interés por este suceso, á cuyas oraciones decían los devotos que se habia debido, y en cuya celebridad mandó hacer el pontífice en Roma procesiones públicas por tres días, con salvas de artillería y vistosas luminarias. También despachó á España con la noticia al castellano Andrés de Salazar.

Al regresar el ejército victorioso, pasando el tercio de Cerdeña por los lugares en que antes fué derrotado con el conde de Aremberg, y recordando los soldados la persecucion que de aquellos aldeanos habian sufrido, vengáronse bárbaramente incendiando todos los pagos y alquerías del contorno, de suerte que desde la ensenada de Dullart hasta la Frisia Oriental todo lo que podian alcanzar los ojos era una pura llama. Indignó al duque de Alba tan atroz atentado, y averiguados los autores del crimen, no se contentó con hacer ahorcar los mas culpables, sino que disolvió la legion incendiaria, al modo que en tales casos solian hacerlo los generales romanos refundiéndola en los otros tercios, y degradando á su capitán el maestro de campo Gonzalo de Bracamonte, que al fin fué restituido algun tiempo despues á su puesto. De allí, dejando por gobernador de la Frisia al conde de Meghen en reemplazo del de Aremberg, volvió el de Alba á Groninga, fortificó algunos puntos, y dió la vuelta á Bruselas, donde encontró á su hijo mayor don Fadrique, duque de Huesca y comendador mayor de Calatrava, que acababa de llegar de España con dos mil quinientos infantes y algun dinero.

Oportunamente venia aquel refuerzo para resistir al príncipe de Orange, que con poderoso ejército levantado en Alemania, producto de su confederacion con los príncipes protestantes, se preparaba á invadir los Países Bajos. Habian irritado al de Orange los suplicios de los condes de Egmont y de Horn; habia dado á luz un libro *Contra la tiranía del duque de Alba*: la muerte del príncipe Carlos, de que él hacia criminal autor al rey don Felipe, y que desconcertaba acaso una parte de sus planes, aumentó sus iras contra el monarca español. Contaba en su ejército veintiocho mil soldados, y fiaba además en la protección de los mismos flamencos, que ya infestaban en bandadas y grupos los bosques y caminos. La noticia de haber pasado el de Orange el Rin y asentado sus reales á la margen del Mosa cerca de Maestricht llenó de terror á Flandes. Aparentaba el duque de Alba mucha serenidad, y cuando le enumeraron los príncipes y aun reyes que se habian aliado con el de Orange, contándose entre sus auxiliares el de Dinamarca y la de Inglaterra, respondió con mucho sosiego: «No importa; mas son los que se han ligado con el rey de España, pues entran en la liga los reyes de Nápoles, Sicilia y Cerdeña, los duques de Milan y de Borgoña, el soberano de Flandes, y los reyes del Perú, Méjico y Filipinas (aludiendo á todos los Estados del rey de España); con la diferencia que aquella liga, como compuesta de gente de muchas naciones, se puede fácilmente deshacer, y esta será eterna, porque todos obedecen á la voluntad de uno.»

Partió pues el duque de Alba á ponerse sobre Maestricht, con banderas españolas, italianas, borgoñonas, alemanas y flamencas, en todo sobre diez y seis mil infantes y cinco mil quinientos caballos de combate. El rey de Francia le ofreció enviarle dos mil caballos, y el duque le respondió que seria mejor los empleara contra los hugonotes franceses que sabia proyectaban penetrar en los Países Bajos á juntarse con los rebeldes flamencos, y era el mas señalado servicio que le podia hacer. Vigilaba el de Alba al enemigo desde Maestricht (setiembre, 1568), pero mas sagaz que él en esta ocasion el de Orange, una noche á la luz de la luna (7 de octubre), colocandole sus caballos muy apiñados y juntos de orilla á orilla del Mosa en un vado ó esguazo que descubrió, para quebrar el golpe de la corriente, y hecho luego un puente de sus mismos carros para el paso de la infantería, trasladó sin ser sentido todo su ejército á la orilla opuesta, como Julio César habia pasado en otro tiempo el Segre, y mas recientemente Carlos V el Elba. Cuando Barlaymont anunció al duque de Alba el paso del ejército de Orange dicen que contestó: *¿Pensáis acaso que es algun escuadrón de aves para haber pasado á vuelo el Mosa?*

Pero de ser sobradamente cierto no tardó el enemigo en

darle testimonio presentándole la batalla. Limitábase sin embargo el general español á-entretenerle, fiado en la proximidad del invierno y en que la falta de pagas para tan grande ejército se haria sentir muy pronto, y cundiria entre ellos mismos, como solia suceder entre alemanes, el descontento, las quejas y la indisciplina, atento solo á que no se apoderaran de Lieja, Malinas, Bruselas ó alguna ciudad de Brabante, donde pudieran fortificarse y proveerse de mantenimientos. Ni las escaramuzas que cada día se empeñaban entre ambos campos, ni los movimientos, insultos, incendios de aldeas y otras provocaciones que el de Orange empleaba para ver de irritar al de Alba, bastaban á sacar al general español de su prudente sistema de entretenimiento, pasando por sufrir los denuestos de los adversarios y las murmuraciones de los propios, á trueque de asegurar la victoria, cansando y quebrantando al enemigo, y esperando los efectos de la escasez y las discordias en el campo contrario, como si se propusiera ser otro Fabio Máximo ante el ejército de Anibal. Y no se engañó en sus cálculos el español. Porque al mes de estar el de Orange pugnando en vano por tomar alguna ciudad flamenca, movióse en sus reales un motín, en que perecieron algunos de sus capitanes, y él mismo estuvo á punto de perder la vida, que salvó, merced á haber dado en el pomo de su espada una bala de arcabuz que sin duda á otro sitio le habia sido dirigida.

Alentóle en ocasion tan crítica, tanto como desconcertó á los sediciosos, el aviso de que se acercaban tres mil infantes y quinientos caballos franceses, que el señor de Genlis, capitán del príncipe de Condé, llevaba en su socorro. Movió pues su campo derecho á Tirlemont para juntarse con la gente de Francia. Tras él marchó tambien el ejército real sin perderle de vista. Al pasar los orangistas el rio Gette, un cuerpo de dos mil quinientos hombres que al mando del coronel Loverval habia quedado de la otra parte de la ribera para proteger el paso del rio, fué acometido y deshecho por el maestro de campo Chiapino Vitelli y por el joven don Fadrique de Toledo, hijo del duque de Alba, los cuales no cesaban de avisar y representar al duque que si se decidia á pasar del otro lado con toda la gente y á dar la batalla, la victoria seria segura y completa. «¿Es posible, contestó una vez el de Alba á los mensajeros, que no me habeis de dejar conducir á mi gusto la guerra? Júroos por mi rey, que si vos ú otro cualquiera me vuelve á importunar con tales mensajes, os ha de costar la vida (1).» Esta extraña prudencia del de Alba era tal vez la que dió ocasion á varios escritores para motejarle de cobarde y poco entendido en la guerra, juicio que entonces mismo, fuera ó no justo, formaron tambien algunos oficiales de su mismo campo (2). La resistencia de aquella legion orangista fué desesperada. Murieron casi todos al filo de las espadas españolas. El conde de Hoogstrat fué traspasado de un balazo, y espiró á poco tiempo entre los suyos profesando la fe católica, cosa que sintió el de Orange mas que la derrota misma. El coronel Loverval quedó prisionero con tres heridas. Este desgraciado fué ajusticiado despues en Bruselas. Un grupo de

(1) De Thou, lib. XLI.—Carta de Huberto del Valle, que se halló en la batalla, á la princesa Margarita de Austria.—Estrada, Guerras de Flandes, Déc. I, lib. VII.—Don Bernardino de Mendoza, Comentarios, libro III.—Este autor que se encontró tambien en la batalla, es el que la refiere con mas extension y pormenores, como todo lo perteneciente á estas guerras en la década de 1567 á 1577, como quien se propuso que sus comentarios sirvieran de lecciones prácticas á los que siguieran la carrera de las armas. Por eso se detiene tanto en las descripciones de los sitios, las posiciones de cada ejército, los movimientos y evoluciones, el número y la calidad de la gente y de las armas, el orden de cada batalla, y toda la manera de pelear. Don Bernardino de Mendoza hizo personalmente toda la campaña sin faltar sino unos dos meses y medio que le ocuparon dos embajadas que desempeñó, una á Madrid y otra á Inglaterra.

(2) Refiere Mendoza que el capitán baron de Chevreau, que habia escaramuzado con mucho brio, arrojó despedido el pistolette, diciendo: *El duque de Alba no quiere combatir*. De lo cual dice el autor que se rió el duque, no pesándole de ver tales demostraciones de ardor en sus soldados. Y aplaude la prudencia del general, pues «conviene, dice, tener entereza y pecho los generales para no dar oído á los pareceres de sus soldados, si la razon no obliga á ello.» Mendoza, Comentarios, libro IV.

cincuenta soldados alemanes se hizo fuerte en una alquería. Allí sufrieron un sitio formal con un valor temerariamente heróico. El duque de Alba para rendirlos hizo aplicar un carro de heno á la casa y ponerle fuego. Aquellos pocos valientes caian envueltos entre los encendidos escombros de su débil fortaleza: ninguno se rindió: algunos saltando por las llamas iban á clavarse en las picas de los españoles, y los hubo que por quitar al enemigo la escasa gloria de su muerte, ó volvian contra si mismos los arcabuces, ó se degollaban entre sí, que era un espectáculo horrible y lastimoso (1).

Juntóse pues el de Orange con la division auxiliar francesa de Genlis; mas como viese que las ciudades de Brabante no se levantaban en su favor, como él habia esperado que lo harian tan pronto como pisara con ejército el territorio flamenco; al ver que por el contrario el príncipe de Lieja le rechazó con su artillería cuando se aproximó á los arrabales de su ciudad; observando que con la agregacion de los franceses crecian tambien los apuros de las vitualas; cansado de marchar y contramarchar sin efecto, mudando hasta veintinueve veces sus reales, teniendo siempre á su lado al duque de Alba, que no le permitia entrar en las ciudades; aconsejado por los franceses, determinó pasar á Francia á reunirse con el príncipe de Condé, que renovaba entonces en aquel reino la tercera guerra civil, y se dirigió al Henao, no sin vengarse antes de algunos nobles del Compromiso que le habian ofrecido ayudarle y le faltaron, destruyendo sus aldeas y caseríos. Picada siempre su retaguardia por las tropas reales, volvió caras en Quesnoy á sus importunos perseguidores, é hizo no poco descalabro en un tercio de españoles y alemanes que mandaban Sancho Dávila y César Dávalos, quedando heridos estos dos valientes al querer contener la fuga de los suyos. Nuevos contratiempos esperaban al de Orange á su entrada en Francia. Los alemanes se le insurreccionaron, siempre bajo el tema perpetuo de la reclamacion de pagas, amenazando con sus picas á los capitanes, y rehusando además pelear contra el monarca francés. El príncipe para sossegar sus soldados tuvo que vender parte de su cámara, y empeñar otra parte, mas como no bastase á tenerlos mucho tiempo contentos, despidió buen número de sus tropas, y tuvo por prudente volverse con el resto á Alemania (fin de diciembre, 1568) á prepararse para otra campaña, y probar si le asistia en ella mejor fortuna (2).

Libre y desembarazado el duque de Alba de esta guerra, volvió á Bruselas á atender á las cosas del gobierno de Flandes que le estaba encomendado, y que desempeñaba ya con repugnancia, como que deseaba con ahinco que le relevaran de aquel cargo. Ya en 22 de agosto habia escrito desde Boisle-Due al secretario Zayas la notable carta siguiente:

«Muy magnífico señor: Por la que escribo á S. M. entenderá vtra. mrd. el recibo de sus cartas, y todo lo que el tiempo me da lugar hasta la partida de Mos de Selles. Alborno me mostró un capítulo de la carta que vtra. mrd. le escribió *cerca de mi ida*, y si os he de decir verdad, *hame derribado mucho los brazos ver que procuren algunos que están cabe S. M. hacerme saltar por la ventana, como en efecto saltaré si no se me envia sucesor, porque es fuerte cosa á un hombre de mi edad (3)* tenerle por fuerza en una provincia tan contraria á mi salud, si ya no es *quererme acabar la vida*, que no se puede hallar mejor camino que este; y pues *yo no pido licencia* sino para despues de hecho todo lo que hay que hacer aquí, como lo he escrito muchas veces, creed, señor, que se me aca-

(1) Continúa Mendoza refiriendo los mas menudos incidentes de cada jornada y de cada combate parcial, deleitándose en ello como todo el que escribe el diario de los sucesos que presencia y en que tiene parte.—Estrada, no por ser menos minucioso tuvo motivos para ser menos exacto, pues ya que no fué testigo de los hechos, escribió teniendo á la vista las cartas diarias que Rafael Barberini, entendido militar y gran matemático, el cual se hallaba en los mas de los encuentros, enviaba á Roma á sus hermanos Antonio y Francisco, padre este último del que fué luego pontífice con el nombre de Urbano VIII.

(2) Carta del duque de Alba al rey, de Chateau-Cambresis, á 23 de noviembre de 1568. Archivo de Simancas, Estado, leg. 539.—Mendoza, Comentarios, lib. IV.—Estrada, Década I, lib. VI.

(3) Alborno, su secretario, decia con este motivo, que tenia el duque sesenta y tantos años.

ba la paciencia de ver *entrar el invierno*, y que por mucha priesa que se den ya no puede partir de allá *el que hubiere de venir hasta el verano*; y hay otra cosa que os quiero confesar, que no estoy ya para poder sufrir tanto trabajo, y que forzosamente *habrá de padecer el servicio de S. M.*: que un apretón héle corrido como caballo viejo, y si me hallara mas atrás, vmd. sea cierto *que es cargo este para holgar mucho con él*: todo esto he querido decir á vtra. mrd. como á persona á quien yo tengo en tal lugar para guardarlo en vuestro pecho, y encaminar este negocio conforme á la necesidad en que me hallo, que os vuelvo á jurar que es mayor de la que podria decir. N. S. la muy magnífica persona de vtra. mrd. guarde y acreciente. De Bolduque á 22 de agosto, 1568.—A lo que vtra. mrd. mandare. El duque de Alba (4).»

Fué pues recibido el duque en Bruselas como un triunfador, con torneos y fiestas públicas. El papa Pio V le honró enviándole el sombrero y el estoque, guarnecidos uno y otro de oro y pedrería, y bendecidos por él, como á defensor de la fe católica. Mas á pesar de aquellas públicas demostraciones, observábase harto á las claras el disgusto con que los flamencos festejaban como vencedor al que tan recientemente habia enviado al patíbulo á sus magnates. Subió de punto la indignacion y el odio de los flamencos con un rasgo de orgullo del duque. De los cañones cogidos á Luis de Nassau se mandó hacer una estatua para colocarla en el castillo de Amberes. La estatua apuntaba con el brazo derecho á la ciudad, y hallaba otras dos con varios emblemas, que dieron en decir que simbolizaban la nobleza y el pueblo (5). Bramaban con esto los de Flandes; y en la misma España, en la corte del rey se murmuraba la vida ostentosa del duque; su antiguo competidor Ruy Gomez de Silva, príncipe de Eboli, se sofaba del título de *Fidélisimo ministro*, que entre otros se habia hecho poner el duque en la inscripcion de la estatua, haciendo valer el de Eboli la circunstancia de que mientras el de Alba se erigia estatuas á si propio, el monarca mismo habia tenido la modestia de no permitir que se pusiesen su busto y sus armas á las puertas de las ciudades de Milan. Al mismo Felipe disgustó aquel rasgo de presuncion, y de todo ello llegó á apercibirse el de Alba.

Mas lo que acabó de incomodar á los de Flandes fué el gravoso impuesto que estableció de una décima por todos los bienes muebles que vendiesen, una vigésima por la venta de los inmuebles, y una centésima una vez por todo. Cierto que de España no era fácil sacar recursos, teniendo ella harto á que atender con el levantamiento de los moriscos; mas no por eso dejaron los Estados de Flandes de representar con energía contra la exaccion de la décima, como ruinosas del comercio, de la industria y del tráfico. «Nada sin embargo se reca-

(4) Archivo de Simancas, Estado, leg. 541.

(5) *Declaracion de la estatua del duque de Alba, que se puso en el castillo de Amberes.*

El brazo que tiene la peticion ó requesta en la mano, significa la nobleza que presentó la requesta á madama de Parma.

El brazo del martillo, el rompimiento de las iglesias.

El brazo de la hacha de cortar leña, el rompimiento de las imágenes.

El de la maza de armas, significa los que tomaron las armas contra Su Majestad.

El brazo de la hacha alumbrada, el fuego que pusieron á los templos y al país.

El brazo de la bolsa, la gran suma de dineros que presentaron por haber la confesion augustana.

Las dos cabezas de un cuerpo, significan la herejía. La que tiene el bonetillo, el comun, y la de las calabacillas y escudillas de palo, la nobleza.

Las dos máscaras significan que las llevaban los que presentaron la requesta, y siéndoles quitadas, fueron conocidos.

Las bigaças (alforjas) con las calabacillas y escudillas de palo á las orejas, significan el nombre de *Gües* (Gueux) que tomaron.

Los libros y serpientes que salen de las bigaças, la mala doctrina y el veneno que sembraron.

Las heridas del brazo y del muslo, significan que la herejía va de rota, mal herida.

El estar el duque del todo armado, sino el brazo derecho, significa la parte armada, cómo venció y echó del país á los malos: y el brazo desarmado y tendido, llama á los buenos á paz y concordia.

Remitida á S. M. en carta de Diego Gonzalez Gante.—Archivo de Simancas, Estado, leg. 558.